

Biografía del Excmo. P. Fray Martín de León y Cárdenas (Arzobispo de Palermo)

POR

ANDRÉS LLORDÉN, O. S. A. (*)

CAPITULO V

Regreso a España

Terminado su gobierno en el Perú, después de haberlo gozado en Méjico, el Marqués de Montes Claros regresó a España en 1616, año en que aproximadamente realizó su viaje a la patria el Padre Ramírez, pues ya aparece su nombre entre los Padres de la Comunidad del Convento de Sevilla en 1617, como primera fecha comprobada, y en su compañía, lo estimamos como probable, si no cierto, debió venir el P. Martín de León.

Esta conjetura nuestra parece confirmarse por el hecho rigurosamente histórico de que elegido el P. Pedro Ramírez Provincial de Andalucía en el Capítulo que presidió el P. Mtro. Luis de Cabrera, celebrado en Sevilla el día 15 de abril de 1617, fue nombrado en él — el P. Martín de León — Definidor General de la Provincia Bética, e investido de tales y tan honrosos honores asistió al Capítulo

(*) Véase «ARCHIVO AGUSTINIANO», mayo-agosto, (1957), págs. 207-222.

que se celebró en Roma en 1620, en el que desempeñó el oficio de Revisor de Letras.

Definidor

Había en la Provincia de Andalucía religiosos muy sobresalientes por sus letras y virtudes, dignísimos de confiárseles el honorífico cargo, tales como el P. Mtro. Juan Galvarro, gran orador homilético y confesor de don Felipe de Tasis, Arzobispo de Granada; el P. Mtro. Pedro Caballero, Catedrático de la Universidad de Sevilla; el P. Mtro. Andrés de Córdoba, que salió elegido Provincial en 1623, o el P. Mtro. Jerónimo de Sotomayor, calificador del Santo Oficio de la Inquisición y Catedrático competentísimo de la Universidad de Osuna, y tantos otros de reconocida autoridad y competencia, encanecidos por intensos y prolongados estudios y avezados por su experiencia y buen gobierno para ocupar los altos cargos no sólo de la Provincia agustiniana de Andalucía, sino también de la Orden, pero recayó en nuestro P. Martín de León, la elección, por ser religioso, quizá el más capaz y de mayores esperanzas, no obstante, que había estado alejado en tierras distantes de la Provincia, prueba evidente de que sus relevantes méritos y su fama, se habían extendido de uno a otro confín, y no sólo en América, sino en España, eran reconocidos y justipreciados sus talentos y sus virtudes por los Padres de la Provincia que reunidos en Capítulo le confirieron el honroso cargo mencionado.

Los Grados Universitarios

Antes de su partida para la Ciudad Eterna y en el poco tiempo que pudo tener para la inmediata preparación de sus grados académicos, quiso obtener los títulos universitarios, por lo que comenzó intensas jornadas de laboriosidad y estudio en las ramas de la ciencia teológica,

hasta capacitarse con la competente suficiencia, para la obtención deseada.

En efecto, hemos logrado hallar las fechas en que recibió los grados académicos y la Universidad en la que obtuvo tan codiciado galardón.

En las investigaciones que realizábamos, ajenos casi en absoluto de este asunto concreto, en el Archivo de la antigua Universidad de Avila, que tenía su sede en el célebre convento de Santo Tomás, fundación de los Reyes Católicos, tesoro de la historia y relicario incomparable de arte, regido entonces y ahora por los religiosos dominicos, encontramos una nota breve en demasía, como casi todas las que contienen los libros conservados, pero aclaratoria de uno de los hechos biográficos más interesantes del P. Martín de León.

Su contenido nos expresa que se *graduó de Bachiller en Teología en la precitada Universidad el día 25 de febrero de 1620 y al día siguiente obtuvo el grado de Maestro de esta disciplina*. La extremada concisión de los libros de Grados, nos impiden conocer otros detalles, quizá muy importantes, pero este fastidioso laconismo no obsta para que podamos afirmar que su preparación fue excelente, pues en sólo dos días alcanzó los títulos superiores en Teología, y poder, a la vez, juzgar con toda imparcialidad de su capacidad y sobresalientes disposiciones intelectuales.

Lo que ignoramos en absoluto, dónde recibió los grados de Bachiller y Licenciado en Artes y Filosofía, requisitos éstos indispensables para ascender a la consecución de aquéllos. Hemos hojeado todos los libros de *Grados Mayores y Menores*, los de *Incorporaciones*, *Grados de Bachiller en todas las facultades*, *Grados de Bachiller en Teología y Filosofía*, los de *Certificaciones e Indices de Carreras* del Archivo universitario hispalense, pero en ninguno hemos hallado la más leve indicación, por lo que sospechamos pudo haberlos adquirido en el Perú, en la

famosa Universidad de S. Marcos de Lima, antes de su regreso definitivo a España.

Confesor del Archiduque

Más dificultoso nos es señalar cuándo fue nombrado Confesor del Archiduque Alberto, y si llegó a ejercer este cargo, pero es indudable tuvo que ser forzosamente en estos años de 1620 a 1621, porque el Archiduque, casado con Isabel Clara Eugenia, la hija predilecta del Gran Rey Felipe II, precisamente el día que celebró sus bodas Felipe III con su prima Margarita de Austria en Valencia el 18 de abril de 1599, sabemos que murió el día 31 de julio de 1621 en los Estados de Flandes, que había cedido Felipe II a su hija, bajo el protectorado de España, poco después de la proclamación del Monarca Felipe IV, que había sido elevado al trono el 31 de marzo del mismo año.

CAPITULO VI

Su residencia

Pudo ser que después de su asistencia en Roma, como definidor enviado por la Provincia de Andalucía al Capítulo General, pasase a las provincias flamencas a tomar posesión de su cargo de director espiritual del Archiduque de Austria, porque su vida y actividad desde 1620 a 1628 nos es desconocida, así como su residencia, ya que en las escrituras públicas del convento sevillano se oculta su nombre totalmente y no poseemos otras notas aclaratorias de estos años, pero no sería descabellado el suponer que fijara su residencia en Roma, llamado por el P. General, tratándose de un religioso tan capaz y de tanta solvencia moral e intelectual.

Sevilla. Obispo electo

Sea lo que fuere de este asunto, es cierto que a principios del año 1628 había regresado a Sevilla, quizá solamente de paso para arreglar sus asuntos, pues el 24 de abril otorga una escritura, que atesora y conserva el Archivo Notarial de Protocolos, en la que hace constar era ya Obispo electo de la Santa Iglesia de Trevento, en el Reino de Nápoles.

En ella hace relación personal de ciertos detalles muy dignos de tenerse en cuenta para su biografía, cuyo contenido es el siguiente:

«El P. Mtro. Fr. Martín de León, obispo electo de la Santa Iglesia de Trevento, digo que por cuanto soy hijo profeso de este convento de Sevilla y su Magestad se ha servido de me nombrar y presentar por obispo... conforme a nuestras Sagradas Constituciones, que mandan y ordenan, que en estos casos los religiosos hagan inventario de las cosas que tienen a su uso y lo presenten ante su prelado de religión... yo manifiesto al P. Provincial Fray Nicolás de Haro y al P. Mtro. Pedro Caballero, Prior del Monasterio de Sevilla, que tengo la cantidad de 1.000 ducados y aunque los debía tener entregados, atendiendo a que soy pobre y no tengo otra cosa de donde me alimentar hasta que llegue a mi iglesia, ha por bien de me los dar y prestar para se los devolver... tengo también algunas pinturas, láminas y tablas...»

Los Padres del convento aceptan en todo el inventario y lo rubrican el P. Mtro. Pedro Caballero, prior; el P. Mtro. Jerónimo de Sotomayor, definidor de la Provincia; el P. Mtro. Luis Moreno, el Mtro. Pedro de Cárdenas, el P. Mtro. Pedro de Mendoza, el P. Mtro. Pedro de Olivares, Fr. Gaspar Vallejo, subprior; Fr. Francisco de Valencia y Fr. Antonio de la Barrera, consiliarios, en 24 de abril de 1628.

Regocijo en el Convento

El regocijo experimentado por todos y cada uno de las religiosos del convento sevillano, donde había comenzado los primeros pasos de su vida de perfección y en él se había educado y echado las raíces de su gloria futura, no es posible describirlo, porque excede a toda ponderación. Era uno de sus hijos predilectos, que si se lo arrancaban de sus claustros y lo perdía para sí, generosamente lo ofrecía para la gloria de Dios y de su Iglesia, y para honra y honor del hábito de San Agustín, que con tanta dignidad vestía y que no dejó hasta los últimos momentos de su vida episcopal.

El sentimiento de su separación y la pérdida que suponía privarse de su ciencia y virtud, de sus ejemplos y consejos, se compensaba con la consideración de su elevada dignidad y tan excelsos honores, que si era recompensa y galardón de sus méritos personales, no lo era menos para el convento y Provincia Andaluza que habían depositado con mimo singular en su alma los gérmenes de sus glorias y de sus triunfos.

El religioso que se le arrebatava era una de sus mejores preseas, pero su gloria se difundiría allí donde actuara su predilecto hijo, y su nombre alcanzaría extraordinaria resonancia, por ser madre de sujetos de recio temple, como lo tenía palpablemente demostrado, y forjadora de almas nobilísimas, que con las luces de su despierta inteligencia iluminaría al mundo y con la caridad de su espíritu, proyectada a sus obras, lo encenderían en deseos eternos.

Este sentimiento aumentaba con la consideración de los muchos y señalados favores que de su larga y generosa mano había recibido, y por los ricos y cuantiosos donativos entregados al convento, que modeló su espíritu fuerte; por eso transcribimos aquí lo que dice a este respecto el P. Francisco de León en la introducción de su

obra *Cartas Espirituales* a quien se las dedicó con entrañable amor y respetuosa admiración. Le amamos, dice, con singular afecto por las dotes excepcionales de su inteligencia capacitada para todo, por su extremada bondad, por el ejemplo constante en su vida y en sus obras, por la caridad inagotable de su tierno y paternal corazón, y sobre todo cuando vemos en aquel ilustre convento de la ciudad de Sevilla, prendas inestimables con que lo ha honrado y enriquecido de vistosos y ricos ornamentos que son y serán el recuerdo imperecedero de su santa memoria, el honor del templo de Dios y el esplendor del culto divino; a sus expensas, continúa, fabricó y adornó con ricas pinturas y costosas colgaduras la Capilla de San Juan de Sahagún, religioso agustino que santificó los claustros del convento salmantino, hoy patrón de aquella ciudad.

Con generosidad desmedida donó también al convento (escenario de sus prematuros éxitos y cuna dichosa de su educación) una librería copiosísima y selecta que es lustre de aquella casa, así como otras alhajas y joyas de mucho y subido valor, dádivas todas de su generoso ánimo.

CAPITULO VII

Sale para Italia

Al fin le fue forzoso para su iglesia, mostrar en el gobierno las cualidades de dirección y mando de que se hallaba investido, y el convento resignado, presenció con mudo, pero elocuente silencio su salida definitiva camino de Italia, donde estaba enclavada la iglesia para la cual había sido propuesto Obispo, por las súplicas y ruegos del Monarca español Felipe IV, a quien en el curso de los años tan extraordinarios servicios había de prestar el

ilustre agustino, en retorno y recompensa al señalado favor en la presentación para Obispo, en el gobierno y pacificación de los Estados del Reino de Nápoles, como veremos más adelante en el desarrollo de estas líneas.

Como aún no estaba consagrado para tan alto cargo, se dirigió a Roma, a postrarse rendido a los pies del Sumo Pontífice el Papa Urbano VIII, como hijo obediente, cumplir exactamente su voluntad y agradecer personalmente los honores de su nombramiento.

Asistente del Papa

El Papa Urbano VIII que gobernó a la Iglesia desde 1623 hasta 1644 y fundó el Colegio Urbano de Roma y efectuó obras artísticas de gran envergadura en esta ciudad, aunque se le ha acusado de poco afecto a España, recibió con muestras de sincera complacencia al obispo electo agustino.

Subyugado sin duda de su fama, y atraído evidentemente por los méritos y virtudes, de que tenía noticia exacta, y que ahora pudo comprobar en persona, le concedió el honor de ser su asistente al solio pontificio.

Los historiadores de la Orden así lo afirman, no obstante el P. G. M. Amado, dice que fue creado prelado asistente al trono pontificio por el Papa Inocencio X, que gobernó la Iglesia desde 1644 a 1655.

Advertimos, sin embargo, que nos ofrecen mayor seguridad en este caso los cronistas propios, porque anotamos en las noticias del citado P. G. M. Amado ciertas inexactitudes que vamos a poner de manifiesto.

Así, afirma que nació en Granada, cuando sabemos que su patria fue la villa de Archidona. Consigna también que fue elegido Obispo de Puzoli en el año 1631 y estamos en lo cierto, como diremos, que el acto de su consagración episcopal tuvo lugar el 20 de mayo de 1630; por tanto, mientras no se aleguen otras pruebas más claras y

fehacientes, sostenemos que tal cargo le fue conferido por el Papa Urbano VIII, y que, sin duda, siguió gozando del honorífico empleo durante el pontificado de Inocencio X, a quien inmortalizó el sevillano Velázquez, en un retrato admirable, uno de los mejores cuadros del genial pintor español.

Su Consagración Episcopal

Dos años después, intensamente complacido de sus servicios y de las disposiciones inmejorables que veía en el sabio, cuanto humilde, religioso, observando en él cualidades poco comunes, aun diríamos excepcionales y portentosas para el gobierno, mando y dirección de la iglesia para la que estaba propuesto, le otorgó la gracia de la consagración, conferida el 20 de mayo de 1630, segundo día de Pentecostés, en la iglesia de Roma, que tiene por titular al Gran Obispo de Hipona San Agustín, donde fue consagrado por el señor Cardenal Laudivius Zachias, presidente del Capítulo General de la Orden Agustiniiana, reunido en la fecha indicada.

Vida nueva

En la vida de nuestro biografiado marca esta fecha un paso tan decisivo en su vida apostólica, que fue la entrega total al servicio de su iglesia, no ya como religioso, heredero del espíritu y caridad de San Agustín, cuya regla profesaba, sino como obispo y pastor, a quien se le había confiado los ovejas de sus fieles, cuya salud espiritual le preocupó constantemente, y a mantenerla y a aumentarla dirigió todos sus pasos, encaminó todas sus fuerzas, consagró todos sus desvelos y por ella vivió entregado en cuerpo y alma a su servicio espiritual.

Sus desvelos

Los frutos de estos desvelos apostólicos muy pronto se dejaron evidenciar en todo con pruebas inequívocas; por su conducta modelo, por su ininterrumpida ejemplaridad, por su laboriosidad constante en la defensa y protección de sus ovejas, que amaba con tierno y santo afecto y por las que estuvo desde el primer momento dispuesto a entregar su propia vida, si Dios se la exigía, para la salvación de sus fieles y escogida grey.

A estas dotes morales, a este espíritu de pastor evangélico, se unían la capacidad en el mando, las raras cualidades de gobierno, la comprensión y la prudencia, la dulzura paternal de su trato y conversación, haciéndose todo para todos con el fin de ganarlos a todos para Dios, guiándolos con suavidad y fortaleza por las sendas de la perfección.

CAPITULO VIII

Diócesis de Trevento

La diócesis de Trevento está situada en la provincia italiana de Campobasso o Molisa, y la ciudad recostada en una colina que domina la ribera derecha del riachuelo Trinio, tributario del mar Adriático.

Ignoramos porqué su estancia en Roma se prolongó algún tiempo, o si el Papa Urbano lo retuvo a su lado, prendado de su conducta ejemplar y necesitado tal vez de sus sabios consejos, lo cierto es que antes de tomar posesión de la diócesis de Trevento, fue promovido en 1631 a la iglesia de Pozzuoli, el Puteoli latino, que han castellanzado los españoles en Puzol.

Nueva sede. Puzol.

Es ciudad situada en el extenso golfo de Nápoles, se-

de antiquísima y emporio de los comerciantes fenicios y otros pueblos, con hermosa bahía, ramificación natural del gran puerto de Nápoles. La pureza de su clima en extremo benigno, la lucidez de su cielo y la benignidad de sus acogedoras costas, hicieron que ya en tiempos muy remotos, cuando el imperio romano estaba en los días de mayor esplendor, escogieran su suelo las familias más distinguidas para fijar en ella su morada, establecer sus encantadoras villas de recreo, y se sabe que el gran patricio y general Sila, después de su abdicación vivió en ella, lo mismo que el príncipe de la oratoria latina, Cicerón, que mandó construir en esta ciudad una quinta veraniega para solaz y placer de su espíritu.

Las invasiones de los turcos a mediados del siglo XVI la destruyeron en gran parte y aunque no ha vuelto a alcanzar su antigua prosperidad, por su magnífica situación, es uno de los lugares más hermosos por sus perspectivas y más visitado por su proximidad a la deliciosa ciudad de Nápoles, sede y capital en otro tiempo de los Estados Españoles de la Italia meridional.

A esta bella ciudad, mucho más importante que la de Trevento, vino el sabio obispo agustino para regir y gobernar su sede pastoral. La posición de la ciudad, abierta a la civilización, nos hace presumir que si antes no tomó posesión de la primitiva iglesia para la cual había sido elegido, fue, sin duda, como recompensa a los servicios prestados al Sumo Pontífice, y quizá también como una medida política, para que con su influencia pudiese mejor velar por la paz y quietud de los estados españoles, que amenazaban sublevarse, como ocurrió años después, y en los que intervino tan activa y eficazmente.

Otros cargos

Uno de los historiadores modernos agustinos, el P. Víctor Maturana, en su «Historia General de los Ermita-

ños de San Agustín», afirma que Felipe IV entre tanto le nombró su Consejero Real, su Capitán General, su Lugarteniente y su Virrey en los Reinos de Nápoles y Sicilia, los cuales, así en lo político como en lo militar, gobernó a entera satisfacción del Monarca, en tiempos bastante difíciles, de continuas rebeliones, brillando su sagacidad y entereza de carácter, su lealtad y fidelidad al trono. Tan relevantes prendas le hicieron acreedor a que en la misma plaza principal de Pozzuoli se le erigiera una estatua, que hasta hoy se contempla, leyéndose en la basa y pedestal, sus títulos y gloriosas hazañas.

Obras

No menos notable fue como Obispo, recorriendo con frecuencia en Santa visita toda su Diócesis, celebrando Sínodos para reforma de su Clero, aumento de la piedad de los fieles y derramando en beneficio de los pobres las cuantiosas rentas de que disponía por sus elevados cargos. Por ésto contó con suficientes recursos para construir una nueva Catedral adornada de riquísimos y variados mármoles; aderezar una Sacristía con los retratos de todos sus antecesores, no sin haber hecho antes prolija y sabia investigación acerca de todos ellos; ampliar la plaza, exornándola con una fuente de los más hermosos surtidores; renovar el Palacio Episcopal, abrir nuevas vías y ensanchar las antiguas calles de la ciudad.

Falta de cronología

Lo transcrito, aunque rigurosamente histórico, carece en absoluto, como puede observarse, de cronología, en la actualidad tan necesaria, y en este caso concreto tan precisa, porque sin ella ignoramos la fecha de su elevación a los importantísimos cargos mencionados.

Esta carencia de fechas, nos impide determinar los

años que gobernó, así ésta como las otras diócesis de que hablaremos, por lo que insertamos a continuación lo que escribe el P. Tomás de Herrera, por ser más concreto y especificar, en parte tan sólo, la cronología, sin que por esto quede declarado y dilucidado históricamente el curso de su actuación episcopal en cada una de ellas.

CAPITULO IX

Fechas concretas

Cuando habla en su *Historia del Convento de Salamanca de los Piores e hijos ilustres del convento de Sevilla*, afirma que en el año 1647 era obispo de Puzol (Puzzoli) en el Reino de Nápoles, de Catania en 1648, siendo del Consejo Colateral de Nápoles y Arzobispo de Palermo (Sicilia) en este año de 1649, y Obispo electo de Zamora en España a 12 de julio de este mismo año, y en 1651 Virrey de Sicilia.

En otra parte leemos que fue también Obispo de Ugento y segunda vez de Puzol (Puzzuoli), sin que se adviertan ni determinen los años, por lo cual seguimos sin poder fijar las fechas con exactitud histórico-cronológica, si bien es cierto, que en la ciudad de Pozzuoli estaba en el ejercicio de su ministerio pastoral, cuando la sonada y sangrienta revolución napolitana, que acaudilló el desgraciado pescador Masaniello en los años 1647 y 1648.

El mismo P. Herrera da como seguro que en el año 1644 había sido nombrado del Consejo Colateral de Nápoles y afirma también que en 1648 el señor don Juan de Austria (el hijo bastardo de Felipe IV), el señor Duque de Arcos, Virrey de Nápoles, y los Cardenales Albornoz y Montalto, le propusieron para *el Capello* que su Santi-

dad tenía reservado *in pectore* a complacencia de Su Majestad.

Inexactitudes

El P. Ignacio Monasterio en su obra «Místicos Agustinos Españoles» (1), al tratar del P. Francisco de León y del examen de sus «Cartas Espirituales», afirma que nuestro Obispo fue Provincial de Andalucía, sin que podamos saber donde adquirió este dato, pues en ninguno de los documentos que hemos manejado se halla su nombre en el citado oficio, ni tampoco es fácil sospecharlo, cuanto menos creerlo, porque en realidad estuvo casi siempre alejado de la Provincia desde su juventud y a su regreso de América ocuparon el cargo de Provincial de 1617 a 1632 otros religiosos, cuya cronología tenemos perfectamente comprobada, como vamos a ver, para rechazar de plano el aserto, porque los numerosos documentos que hemos visto, nos permiten consignarlo.

Todos ellos gozaban de gran predicamento en la Provincia de Andalucía y sus nombres se repiten en los asuntos de mayor importancia.

El P. Maestro Pedro Ramírez (1617-1620), el P. Maestro Pedro de Góngora (1620-1623), el P. Maestro Luis de Cabrera, como Vicario General (1623-1624), el P. Maestro Andrés de Córdoba (1624-1626), el P. Nicolás de Haro (1626-1629) y por segunda vez el P. Pedro de Góngora (1629-1632) y a continuación lo fue el P. Maestro Jerónimo de Sotomayor.

En estos años hubiera sido fácil admitir su elevación a esta prelación, por encontrarse de regreso en España, porque antes estaba, lo repetimos, de residencia en el Perú, y consta también por las notas abundantes que tenemos del Archivo Notarial de Sevilla, que antes habían

(1) «Místicos Agustinos Españoles», por el P. Ignacio Monasterio. Vol. II, páginas 109-110. Segunda edición. Editorial Agustiniiana. Real Monasterio de El Escorial, 1929.

desempeñado tan alto cargo los PP. Alonso de Villanueva, Baltasar de Molina y Rodrigo de Loaisa, de 1612 a 1617.

Después del año 1630, ya sabemos fue consagrado obispo, y por estas razones de orden cronológico, queda descartada en absoluto la afirmación, y donde dice Provincial, quizá no quiera expresar el infatigable historiador de los «Místicos Agustinos Españoles» sino que fue Definidor, nombrado por la Provincia Andaluza para asistir al Capítulo General, como ya hemos indicado.

Esquema cronológico

Después de lo expuesto, sin que quede terminantemente esclarecido, podemos pergeñar un esquema cronológico, que nos indique a simple vista las fechas y los años en que gobernó o fue elegido para su diócesis, desde su consagración episcopal hasta su muerte.

1630 de Trevento (no tomó posesión).

1631 de Pozzuoli (Puzol).

¿ de Ugento.

1644 de Pozzuoli.

1648 de Catania (Sicilia).

1649 Arzobispo de Palermo (Sicilia).

1651 Obispo electo de Zamora (no tomó posesión).

1655 Su muerte, siendo arzobispo de Palermo.

A este resumen cronológico, compulsado con los datos que ofrece el historiador agustino P. Tomás de Herrera, debemos añadir breve aclaración, pues tenemos la impresión y hasta la seguridad, que algunas de estas diócesis no las gobernó, aunque para ellas fuese elegido, tal ocurre a nuestro parecer con las de Catania y Zamora concretamente, y quizá con las de Ugento y Catania.

Era uso bastante frecuente en la época la elección para obispo de una diócesis y antes de tomar posesión, ser propuesto y elegido para otra.

Muchos casos pudiéramos señalar en confirmación,

pero ¿para qué citar otros, pues sabemos por la propia historia de nuestro obispo, que fue nombrado y presentado, como él mismo declara en la carta transcrita, para obispo de Trevento, y no tomó posesión por haber sido promovido a la de Puzol. Baste esta sucinta explicación para entender todo el alcance de la cronología que antecede.

CAPITULO X

Su actividad

Pero todo esto con ser muy interesante para la exposición biográfica de tan ilustre sujeto —índice revelador son las dignidades y empleos adquiridos en pocos años— no lo es tanto, como la actividad incansable desplegada en el cumplimiento de sus obligaciones episcopales que, aunque desarrolladas en tierras lejanas de la patria y es mucho más lo que se ignora que lo que se sabe y puede referirse, como ya dijimos al principio, no obstante, basados en algunas relaciones fidedignas, que consagraron a su memoria sus panegiristas después de su muerte, podemos todavía ofrecer a la curiosa observación del lector no pocos hechos, con cuadros tan edificantes que, si cada uno habla con elocuencia suma de las cualidades de que estaba investido nuestro obispo, todos en conjunto forman una hermosa galería que producen en el ánimo el estupor más agradable, y a su vista y relación no podemos por menos de quedar intensamente admirados de su laboriosidad y de su trabajo, de su largueza y de su generosidad, que muestran una inteligencia privilegiada y sobre todo un corazón lleno de vitalidad santa por el bien y la honra de su iglesia.

Esta laboriosidad la desplegó no sólo en el orden material, en la edificación o reconstrucción de sus iglesias,

capillas, asilos, dotaciones y otras obras que cantan a maravilla su fama y su gloria, sino también y principalmente en el orden espiritual, como celoso pastor que entregaba su vida y sus obras por el bienestar de su grey.

De los ecos armoniosos con los que don Fernando Rodríguez de Medina cantó sus timbres de gloria, expresados en la Oración Panegírica de sus honras fúnebres, pronunciada en la ciudad de Antequera con motivo de la dolorosa y sensible muerte del ilustre arzobispo agustino, ocurrida el día 15 de noviembre de 1955, recogemos algunas valiosas notas, complemento digno de cuanto dejamos expresado y colofón ejemplarísimo de su vida, según las cuales, afirma, que luego de haber llegado a tomar posesión de la sede episcopal de Puzol, fue intensa la pena que recibió al ver muy vieja y maltratada la iglesia, por su antigüedad y por los descuidos prolongados en su restauración.

Nueva Catedral

Desde el primer momento concibió la noble idea de edificar una de nueva planta, que remediara la pobreza y mal estado de la otra, pero le faltaban los recursos necesarios al efecto. A pesar de ésto, no desistió de la idea preconcebida y para lograr que el proyecto se convirtiera en inmediata realidad práctica, comenzó por sí mismo a dar ejemplo, con un plan de vida verdaderamente admirable. Redujo a corto número sus familiares, planteó dentro de su palacio episcopal un programa, que observó con fidelidad y se impuso un régimen en extremo frugal, cercenando no sólo lo supérfluo e innecesario, sino también hasta lo indispensable a su dignidad y empleo, y con los ahorros obtenidos de su mesa y de sus rentas, juntamente con otras limosnas conseguidas de la caridad de los fieles, empezó la construcción de la nueva Iglesia

Catedral, que pudo ver felizmente terminada en pocos años con alegría de su alma e intenso regocijo del pueblo católico, el cual tuvo desde entonces un templo digno de su fe y de su religión, que aun se conserva y se admira al presente para gloria de su generoso fundador y testimonio perenne de su grandeza.

Por su parte el P. Francisco de León, en la Dedicatoria que le consagra en prueba de su admirativo asombro, exclama lleno de fervorosa emoción que no puede ocultar: Ha conservado la mayor modestia que se ha visto en un Príncipe de la Iglesia, no obstante que pudieran peligrar sus obligaciones religiosas. Honra a la Religión con su persona, especialmente a nuestra Provincia Bética de donde V. E. es hijo predilecto. Quisiera ser otro andaluz, como el cordobés Lucano, para describir las heroicas acciones de V. E. y soy testigo de vista de lo que me dejó admirado en Puzol.

En esta encantadora ciudad vi una hermosísima Iglesia (esposa de V. E.), edificio tan suntuoso y tan ricamente adornado, que sin duda puede competir por su traza y riqueza, por su bella ornamentación y por los tesoros de arte en ella encerrados con los más vistosos de toda Italia. Desde los fundamentos del grandioso templo, con todo el ornato y demás joyas que embellecen el sagrado recinto, fue V. E. el autor, derramando en ella con desmedida generosidad y extremada largueza, todo el caudal de vuestras rentas y los frutos benditos de vuestra frugalidad, mortificación y munificencia, gastando en ella grandes cantidades de oro y plata con espléndida y cristiana liberalidad, y lo que más me admiró en esta ciudad fue ver el universal amor que a V. E. le tienen todos, porque como las aflicciones y necesidades son tan continuas en los pobres y de éstos era V. E., el consuelo, el socorro, el padre y el caritativo limosnero y ahora se carece de tanto bien (por su traslado a la ciudad de Palermo) les es muy sensible esta ausencia.

Humildad del Prelado

En esta nueva Iglesia y primera Diócesis de su gobierno pastoral hizo construir su sepulcro y enterramiento, que tuvo forzosamente que abandonar al ser promovido para el Arzobispado de Palermo.

El hecho en sí no dice más, pero es revelador de la profunda humildad de nuestro insigne Prelado, pues a pesar de las altas cualidades de que estaba investido, que pudieran hacerle aspirar a otros puestos más elevados y honoríficos, amparado y protegido en sus dotes de prudencia y buen gobierno, que transcendían tanto a la Corte de los Reyes de España como a la Corte romana de los Papas, no obstante, con la simplicidad y sencillez de los santos, creyó de buena fe que su permanencia en la sede de Puzol se había de perpetuar hasta su muerte, y ese fue el motivo que tuvo para la erección de su mausoleo funerario.

Pero la Providencia de Dios, en la que tanto confiaba, que le había llevado a la silla episcopal de Puzol, tenía reservado para su persona otros honores y dignidades, hasta colocarle en la sede metropolitana de Palermo en el Reino de Sicilia.

CAPITULO XI

Testimonio del Duque del Infantado

De tal forma enriqueció y embelleció continuamente sus Iglesias y las ajenas, que fuera muy largo de contar y referir; baste aducir como testimonio de gran fuerza probativa, testigo presencial (aunque no en todo) de sus obras y de sus heroicas hazañas, al Excmo. señor Duque del Infantado, quien afirmó de él repetidas veces y en ocasiones diferentes, admirado de su poder y generosidad,

que tantas y tan insignes obras no parecían del Arzobispo de Palermo, sino del más rico y poderosísimo Prelado.

Estas palabras honran sobremanera a nuestro Obispo, pues sabemos que, si grandes eran sus rentas, mayor era su manirrota liberalidad en hacer el bien, reconstruir templos, asilos, casas de beneficencia, edificar otros centros de caridad, como veremos, de tal manera que sus ingresos, antes de entrar en el fondo de sus arcas, estaban ya predestinados con paternal y caritativa antelación, cuando no empeñados, en alguna obra de piedad y de religión.

Normas de caridad

Que era rico y poderoso, así en riquezas espirituales, como materiales, no puede ponerse en duda; pero esa riqueza y poder, con indefectible prudencia en la administración, los dirigía con premeditada intención y buena fe hacia los altísimos fines que perseguía por su dignidad de obispo y por su cargo de pastor, impuestos por él a sí mismo como norma cristiana de su vida ejemplar, sin asomos de avaricia, ni rastro de vana grandeza, conforme a las palabras del apóstol San Pablo: *No echéis en olvido el ejercer la beneficencia y el repartir con otros vuestros bienes, porque con tales ofrendas se gana la voluntad de Dios* (1), y porque sabía perfectamente que un obispo además de *irreprensible, sobrio, prudente, modesto y amante de la hospitalidad, es y debe ser el ecónomo de Dios o el dispensador de sus riquezas* (2), por eso si Dios se las daba y entregaba eran para que las administrase en beneficio de la Iglesia, como lo hizo siempre, y no como codicioso de sórdida ganancia.

Su corazón generoso buscaba en todo los medios más adecuados no sólo de socorrer la necesidad del prójimo

(1) Hebr. XII, 15.

(2) San Pablo a Tim. y a Tito, I, III, 2, y I, 7.

en sus indigencias, sino también de dar a Dios mayor gloria con sus obras y con sus afanes.

Semejanzas: Santo Tomás y el Ilmo. P. Martín de León

En el primer aspecto ha sido comparado con otro agustino insigne, el Arzobispo de Valencia Santo Tomás de Villanueva, por sobrenombre Padre de los Pobres, a quien tanto se le parece

Hay entre los dos ciertas semejanzas, que no pueden pasar en silencio. Precisamente un siglo después del nacimiento de Santo Tomás en Fontisplana (Toledo) nace en Archidona (Málaga) el Ilmo. y Rmo. P. Martín de León y Cárdenas. Aquél profesa en el convento de Salamanca, cuna de Santos y de sabios, y resplandece delante de todos por sus virtudes; éste hace su ingreso en el de Sevilla, cátedra de eminentes oradores sagrados, y sobresale igualmente por su piedad y aplicación; el primero, fue arzobispo de la iglesia de Valencia en España, donde se distinguió por su celo y caridad para con los pobres; el segundo, después de regir otras diócesis fue nombrado arzobispo de Palermo en la isla de Sicilia, donde ejerció de forma inaudita su largueza y misericordia con los desvalidos. Hasta en la fecha de su muerte existe la notable coincidencia, que nos complacemos en señalar, pues Santo Tomás de Villanueva falleció en 1555 en su sede arzobispal de Valencia, y el Ilmo. P. Fr. Martín de León y Cárdenas entrega su alma al Creador en el palacio arzobispal de Palermo en 1655, un siglo después exactamente. Lo único que los separa es que nuestro biografiado no está canonizado, mientras que Santo Tomás ha sido reconocido oficialmente por el magisterio infalible de la Iglesia, y ha inscrito su nombre entre los santos.

Pero no hay duda que el Ilmo. P. Martín de León fue un gran limosnero y de él se refieren cosas tan peregrinas

nas, que no es posible reseñarlas todas, tan sólo indicaremos algunas para que sirvan de comprobante a nuestras afirmaciones.

CAPITULO XII

Limosnero y Pastor

Se sabe que luego de ser nombrado Arzobispo de Palermo instituyó dentro de su Palacio un amplio Seminario para niños pobres y huérfanos, donde se sustentaban, vestían y se les daban los estudios juntamente con una educación esmerada.

Su celo pastoral veía con clarividencia la necesidad de un establecimiento de tanta importancia y trascendencia, puesto que había de ser la cuna donde se forjaran con recio temple moral los hombres del porvenir y se modelasen los futuros ministros del Señor y las personas elegidas de su Iglesia. No escatimó medios. De sus rentas, que se multiplicaban casi milagrosamente, sacaba los fondos para obra tan benéfica. Personalmente y a diario velaba por sus necesidades y los asistía con caridad de padre, escogiendo y seleccionando el profesorado que atendía con puntualidad y solicitud en la dirección espiritual e intelectual. Por esta senda llegó a tener un hermoso plantel, pregonero de su gloria, una fuente de vocaciones eclesiásticas, honra de la Iglesia y un vivero de plantas escogidas, que con los aromas perfumados de su fina educación religiosa, predicaban el celo fervoroso y los desvelos paternos del Arzobispo agustino.

No se detenían aquí sus cuidados y atenciones, porque su espíritu compasivo, tendía siempre a remediar la indigencia allí donde se hallara.

Daba igualmente dotes a doncellas huérfanas para

tomar estado o entrar en religión, otorgaba limosnas por semanas y días a viudas desconsoladas y necesitadas, que buscaban en él su amparo, y lo encontraban siempre y de las que se hacía protector y era su paño de lágrimas, y en fin repartía también el óbolo de su misericordia a otras personas pobres y menesterosas según la calidad y necesidad de cada una, testificando de este modo lo que dice San Juan (1). *Que no debemos amar solamente de palabra y con la lengua, sino con obras y en verdad*, porque tenía muy presente lo que con tanta frecuencia dice el mismo Evangelista: *El que tiene bienes de este mundo y viendo a su hermano en necesidad, cierra las entrañas para no compadecerse de él, ¿cómo es posible que resida en su corazón la caridad de Dios?*

Había grabado con caracteres indelebles en su alma aquellas graves sentencias que leemos en el Libro del Eclesiástico: (2)

«No defraudes al pobre de su limosna, ni vuelvas a otra parte tus ojos para no verle; no desprecies al que padece hambre, ni exasperes al pobre en su necesidad; no aflijas el corazón del desvalido ni dilates el socorro al angustiado; no deseches el ruego del atribulado ni tuerzas tu rostro al menesteroso, muéstrate afable con los pobres, trátalos con benignidad y respóndeles con mansedumbre».

Estas palabras oía de continuo en su corazón y en todo momento procuró practicarlas en la forma más perfecta que le fue posible.

Padre y limosnero

En orden a Dios y al embellecimiento de sus templos, casas de oración y culto divino desde su Archidiócesis de Palermo, dejado de llevar en alas de su caridad inago-

(1) S. Juan, cap. III, 18.

(2) Libro del Eclesiástico, cap. IV, Vs. 1-8.

table y por tributar a Dios la mayor honra y gloria, distribuyó gruesas cantidades, que nadie sabía de dónde sacaba, después de los caritativos dispendios que a diario derramaba en manos de los pobres y de los exorbitantes gastos efectuados en sus antiguas diócesis, pero la Provincia multiplicaba en sus manos la caridad.

Era, claro es, Padre espiritual de sus fieles y esa paternidad sublime, recibida en el momento de su ordenación episcopal, la ejercitó y practicó de forma sorprendente y admirable.

Su largueza en el orden moral no reconoció límites, como fiel y aventajado discípulo e hijo predilecto del Gran Padre San Agustín, porque encerraba en su pecho generoso un corazón como el suyo, lleno de bondad y rebosante de amor que le infundían todo el valor sobrenatural necesario para arróstrar cualquier sacrificio por el bienestar de las ovejas a su cuidado confiadas, de cuya salud espiritual se mostró siempre con la solicitud de un apóstol.

El consejo oportuno, el aviso caritativo, la predicación fervorosa y llena de unción, la reprensión, si era necesario y sobre todo el buen ejemplo de su conducta edificante, así como la extremada pobreza de su casa y persona y la liberalidad de sus tiernos y compasivos sentimientos, eran los resortes más eficaces para dirigir y guiar a su pueblo por la senda de la perfección evangélica. Así lo comprendió desde su elevación al episcopado, y así lo practicó hasta el fin de su vida.

Su labor artística

Cuando pasó a regir de Arzobispo la iglesia de Palermo, aunque no tuvo por fortuna que rehacerla como la de Puzol, halló que no estaba con el debido ornato, tal y como convenía al templo y casa de Dios. No tardó en comenzar su adorno hasta embellecerla en tal forma, que

aún es hoy una de las mayores y más hermosas del mundo.

Costeó para su iglesia metropolitana un valiosísimo sagrario compuesto de los más peregrinos jaspes orientales, rodeando los ámbitos del templo de magníficas estatuas de mármol y colocó en ella las imágenes de las seis santas patronas de aquella ciudad, en que gastó muchas sumas de dinero, todo procedente de sus rentas y fruto de sus sacrificios y abnegación.

Dejamos la palabra al ya citado P. G. M. Amado, que por haber visto y descrito la grandiosa catedral de Palermo, puede informarnos con mayor conocimiento de causa, que ningún otro. Este nos dice que existe en el templo panormitano un cuadro al óleo, que reproduce la figura veneranda del Ilmo. P. Martín de León y Cárdenas en los últimos años de su vida laboriosa.

En la inscripción que lleva al pie, se hace constar, entre otras cosas, que él había donado a la catedral, donde se puede admirar, el magnífico *tabernáculo de lapislázuli*, que deslumbra por su arte y riqueza.

Además, en un nobilísimo afán, que tanto le honra, a sus expensas y con su dinero hizo labrar las estatuas de mármol de las seis santas patronas Santa Silvia, Santa Cristina, Santa Agueda, Santa Rosalía, Santa Ninfa y Santa Oliva, que circundan con las demás estatuas la balaustrada de la Iglesia, obras que ejecutó por su encargo el escultor Gaspar Guerci. De este modo, gracias a sus desvelos quedó la catedral con una vistosidad y magnificencia, que no había tenido hasta los días felices de su gloriosa prelación y gobierno espiritual de su archidiócesis.

Hizo a su costa una artística custodia, que por las breves frases que le dedica uno de sus panegiristas, debía ser una verdadera obra de arte, pues afirma que tenía 24 palmos de alta y era la más rica, preciosa y bien acabada que se ha visto y se halla en Italia.